



En un extremo de la plaza se aglomeraba atenta la muchedumbre.

Un extranjero hablaba, lentamente, con voz severa.

Su perfil se destacaba con el vigor de líneas de un bajorrelieve, esculpido nítidamente en la serenidad azul, sobre el fondo verdoso de los jardines cercanos.

FRANCISCO VILLAESPESA

Los cabellos descendían, enmarañados, sobre los hombros atléticos.

Luengas barbas grises solemnizaban la salvaje energía de aquel rostro visionario.

Sus ojos de águila relampagueaban bajo el arco de las ásperas cejas.

Vestía tosco sayal ceniciento, y al hablar, las manos se elevaban, en un gesto de bendición, hacia el cielo.

—Atenienses—decía—vivís de supersticiones. Mas en vuestro santuario, también se alza un altar con esta inscripción:

«Al Dios no conocido.»

Yo os hablo en nombre de esa Divinidad que honráis sin conocerla.

El Señor, como creador del cielo y de la tierra, no habita templos fabricados por la mano del hombre.

ZARZA FLORIDA

¿Por qué, pues, buscáis á Dios, palpando en las tinieblas, como ciegos, si en ninguna parte se halla?

Él está, sin embargo, dentro de nosotros.

En Él vivimos y nos movemos, y somos, según un poeta vuestro, de su mismo linaje.

¿Para qué esas construcciones fastuosas?

El corazón del hombre puro es el verdadero templo de Dios. Allí no necesita sacerdotes ni sangrientas víctimas.

Ofrecedle, como único sacrificio, la inmolación de las pasiones, y vuestra alma será el altar más agradable á sus ojos.

Para orar debemos encerrarnos dentro de nosotros mismos, y en secreto elevar el espíritu hacia el Eterno Padre.

Él está es todas partes, y desde su trono de nubes se inclinará para escucharnos, si seme-

FRANCISCO VILLAESPESA

jantes á los niños llenos de fe y de confianza, le decimos:

«Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre...»—

La voz del extranjero se elevaba cada vez más solemne.

Un presentimiento divino estremecía los corazones.

Las flautas enmudecieron, y hasta los legionarios dejaron de beber para oírle.

Dyonisios preguntó á Dioscoro:

—¿Quién es ese hombre?

—Un judío llamado Pablo, natural de Tarso, en la Cilicia, y discípulo de un profeta de Galilea á quien Tiberio mandó crucificar.

Ha causado el asombro del Areópago.

Dyonisios, el filósofo, vencido por él en pública contienda, es hoy uno de sus más fervoro-

ZARZA FLORIDA

sos secuaces. La bella Dámaris abandonó por él su vida licenciosa. Repartió su riqueza entre los pobres, dió libertad á los esclavos, y vestida de pieles se retiró á los montes á hacer penitencia.

Cuentan de él maravillosos prodigios.

Las puertas de las cárceles se abren por sí mismas á su paso.

En Filipos, con una sola palabra, lanzó del cuerpo de una doncella el espíritu pitónico que le poseía. Y á Lidia, la célebre vendedora de púrpura de Tiatira, le curó una úlcera rebelde que le corroía el seno, sólo con proyectar sobre ella la sombra de sus manos.

En Listra había un pobre paralítico de ambas piernas, que sentado á la puerta de la casa, lloraba amargamente su desgracia.

Pablo pasó, acompañado de sus discípulos, y le dijo:

FRANCISCO VILLAESPESA

—¡Levántate y anda!...

El paralítico saltó, corriendo loco de felicidad á abrazarse á sus rodillas.

Las gentes gritaron:

—¡Dioses semejantes á hombres han bajado á la tierra!

Y creyéndole el mismo Zeus, empezaron á aclamarle y reverenciarle con tal escándalo, que tuvieron que intervenir las varas de los lictores.

Todo esto cuentan de él las turbas que le siguen: gente infecta y despreciable.

El Pretor le ha amenazado con echarle á palos de la ciudad si promueve algún disturbio.—

Estas palabras del liberto avivaron la curiosidad de Dyonisios. Se apoyó en una columna, dispuesto á continuar escuchando:

—Vengo á anunciaros la Verdad.

ZARZA FLORIDA

El Señor os avisa para que creáis, porque vendrá día en que seréis juzgados ante la justicia de Aquél que vino á la tierra á morir por nosotros.—

El acento del extranjero parecía poner un sello de fe en los labios.

La muchedumbre le rodeaba absorta.

Los mismos mercaderes olvidaban sus pregones y los asnos cargados de frutas, para mezclarse entre los oyentes, arrastrados por el extraño sortilegio de aquella voz fascinante en su propia austeridad.

Hablaba, ahora, de la Pasión y Muerte de su Divino Maestro.

Repetía las parábolas que Jesús improvisara á la sombra geórgica de las olivas, en campos de trigo, mientras el viento de la tarde hacía ondular suavemente las mieses maduras.

FRANCISCO VILLAESPESA

Explicaba uno por uno todos los milagros, y describía la escena de su muerte gloriosa:

—El trueno estremeció las montañas.

Las sombras amortajaron la tierra.

El velo del Templo se rasgó en dos pedazos, y las manos de los muertos, resucitados, volvieron á llamar familiarmente á la puerta de sus hogares.—

Después se puso á referir su historia.

Fué encargado por el Sahendrán de Jerusalén de perseguir á los sectarios de Cristo.

Su severidad había llenado las cárceles de mujeres y de niños.

Sus propios ojos contemplaron el martirio de Esteban, uno de los primeros discípulos.

—Mas aconteció que yendo un día á Damasco, de repente, á la hora en que el sol brillaba más en el cenit, una luz del cielo envolvió mi camino.

ZARZA FLORIDA

Los que me acompañaban se quedaron atónitos, como sumidos de pronto en un sueño profundo.

Mi caballo, espantado, se encabritó, y caí desvanecido al suelo.

Entonces oí una voz que, dolorida, murmuraba:

—¡Saulo, Saulo! ¿Por qué me persigues?

Y la dulce figura de Jesús de Nazaret apareció ante mis ojos, envuelta en claridades tan intensas, que mis pupilas cegaron.

Yo me atreví, al fin, á suspirar:

—¡Señor! ¿Qué debo hacer?

—Levántate y marcha á Damasco.

De manos de mis acompañantes entré en la ciudad. Allí recobré la vista y me fué revelado mi destino.—

El silencio era tan profundo que se oía el

FRANCISCO VILLAESPESA

aletear de las palomas que en blancas bandadas cruzaban el azul, y hasta el temblor de alguna hoja seca que la brisa hacía revolotear sobre la muchedumbre.

Pablo proseguía.

Anunciaba la resurrección de la carne, predicando un reinado de amor y paz sobre la tierra:

—¡Ni esclavos ni señores! Los hombres, todos hermanos, entonando juntos las alabanzas del Señor!—

Un alegre murmullo apagó las últimas palabras del Apóstol.

Lais salía del Templo, flotando el sutil velo de gasa que dejaba adivinar las rosas vivas de su olímpica desnudez.

Los finos cabellos, sujetos y separados en la frente por ancha cinta de púrpura, y recogidos

ZARZA FLORIDA

sobre la nuca por largo alfiler de plata, ceñían su cabeza como un casco de oro.

Dos esclavos impúberes le precedían, tañendo flautas; y en torno de ella, coros de doncellas, coronadas de rosas, danzaban, cogidas de las manos, como en una alegoría de la Aurora.

Pablo continuaba:

—Encantos pasajeros de los sentidos, ¿qué sois comparados con los eternos goces del espíritu?—

Nadie le oía. Todos los ojos se volvieron al Templo.

Las flautas dejaron escapar un aire ligero y faunescos.

Lais descendía las gradas con la ritual serenidad de una diosa.

Los collares de falos de oro que serpenteaban alrededor de su cuello, sujetos por una ci-

FRANCISCO VILLAESPESA

garra de esmeraldas, fulguraban al sol en medio de la irradiante blancura de los mármoles y el lino ondulante de las túnicas. Y el milagro de su pierna desnuda, al extenderse para alcanzar los peldaños, resucitaba la euritmia y el blancor de aquellas esculturas gloriosas que en el interior del Templo, entre el incienso y el humo de los sacrificios, se elevaban serenas sobre los plintos, seguras de su inmortalidad.

Los legionarios, ebrios, aullaban de deseo en sus lenguas ásperas y salvajes, levantando en su honor las anchas cráteras.

Las mismas cortesanas arrancaban las flores y las cintas de sus tocados para arrojarlas, como ofrendas, á los pies de la aparición gloriosa.

Y en todos los corazones despertaba un sentimiento de veneración hacia la Belleza triunfante y única.

ZARZA FLORIDA

—¡Afrodita! ¡Afrodita! ¡Embellece con tus ojos nuestras mercancías! ¡Ennoblécelas con el contacto de tus manos!...

Y los vendedores, agrupados en torno de ella, pálidos de emoción, le tendían velos finísimos, verdaderos tejidos de aire y de luz; alfombras de Persia, joyas egipcias en las que relampagueaba el esmalte de oro de los escarabajos sagrados; espejos de plata bruñida con mangos incrustados de piedras preciosas; resinas y gomas de la Arabia, y abanicos de plumas de avestruz.

Á lo lejos seguía resonando la voz del Apóstol con la lenta y austera severidad de un anatema.

Algunos esclavos y varios marineros inválidos, tullidos, astrosos, le seguían escuchando, apretándose en torno de él, como para evitar á

FRANCISCO VILLAESPESA

sus ojos impotentes el dolor de aquel espectáculo de Juventud y de Belleza.

Dyonisios se adelantó, abriéndose paso entre la muchedumbre con ayuda de las varas de los siervos, y alzando á Lais en sus brazos la condujo, en un noble gesto de orgullo, hasta la cuadriga.

Blancas nubes de palomas ocultaron el sol.

Las guirnaldas que festoneaban las columnas del Templo se deshojaban lentamente. Y el humo de los sacrificios y el perfume de los jardines de la Diosa impregnaban la suavidad del aire de caricias tan sutiles, que hacían arder bajo las túnicas las carnes, y palidecer mortalmente los rostros en la exaltación suprema del deseo.

El látigo vibró. Los corceles se encabritaron, y relinchando, partieron á galope por la amplia

ZARZA FLORIDA

vía de laureles y de mirtos, mientras las últimas llamaradas del incendio solar resplandecían en el áureo escudo de la estatua de Minerva que, vigilante sobre la colina de mármoles gloriosos, apoyada en su lanza, custodia la ciudad.